



CRÓNICA DE OLOT

OLOT EN FERIAS

Por LUIS ARMENGOL PRAT

Si las Ferias y Fiestas de San Narciso son pórtico, las Fiestas de Nuestra Señora del Tura de Olot son epílogo. Preludio las de Gerona, a una nueva modelación de la vida familiar y pública, a nuestra íntima y recogida existencia invernal, mientras que las Fiestas olotenses constituyen un epílogo digno de la exalación veraniega y un bello telón al gracejo estival. Pero tanto las unas como las otras condensan un haz preñado de virtudes, de peculiaridades y de seductoras experiencias.

Si en poco se parecen ambos ciclos festivos, sin embargo, en un común denominador coinciden positivamente: en ser ambos completos, saturados de significación y contenido originario, sustancial, lo que equivale tanto como a decir que tienen un basamento de personalidad propia que no puede tener imitaciones. Por todo ello es digno de cabalgar esta ruta festiva que tan bellos contrastes ofrece, saliendo de las Fiestas septembrinas de Olot para encaramarse, luego, en la eclosión ferial y festiva de ocho días sin par de la Gerona radiante.

La Fiesta Mayor de Olot tiene un magnífico punto de partida, tan expresivamente religioso, que cada año inicia su espléndida demostración el día de Santa Sabina con el comienzo de la Novena a la Virgen del Tura en su propio Santuario, que empalma con los días de rigurosa Fiesta. El fervor más aquilatado y unánime en devoción perenne a la Virgen del Tura, ofrece la más cabal manifestación popular. Todas las clases y estamentos de la ciudad se mueven en vilo rubricando una ejemplar demostración mariana a la que no son ajenos el sinfín de olotenses esparcidos por la ciudad condal y el resto de la geografía catalana, que en tales fechas afluyen a Olot en acto de ejemplar disciplina.

Las Fiestas de Olot, discurriendo por el cauce cronológico del 7 al 12 de septiembre de cada año, se hallan asentadas en una época dulce y sin rigores atmosféricos. Traspuesto el calor veraniego y con el sedante de un aire fresco que presagia el otoño, la ciudad engalanada y bulliciosa despacha con el máximo frenesí las jornadas maravillosas de la Fiesta. Y así de encantador es todo un densísimo programa de festejos, una de las programaciones de Fiesta Mayor únicas y más completas de Cataluña, sin plagios ni adocenamientos, on todo el rigor de una fisonomía más que singular.

La farándula de los gigantes (recuerdos tangibles de los Blay y Devesa), los mejores gigantes de la región y tal vez de España, con su corte de enanos y caballitos, alboran la chiquillada. Abre suntuariamente sus puertas el rico salón de baile del «Círculo Olotense», las sociedades recreativas rivalizan en conciertos, en demostraciones de arte fotográfico, en competiciones sociales, en dedicaciones. Las calles olotenses viven el supremo y momentáneo esfuerzo de un alumbrado excepcional con sus arcos luminosos, sus farolillos y sus enrejados blancos de ornato actualísimo. Ya pasa el cortejo del «Ball Plá» con todo el imponente alarde de una comitiva de parejas de rigurosa etiqueta en la más suntuosa manifestación de belleza, de colorido y prestancia, ante el más imponente de los gentíos que pueden acumularse en una ciudad; una noche, la del «Ball Plá», única entre las únicas, en la que todo se funde en el mayor de los entusiasmos y la más álgida de las vibraciones populares, mientras el castillo de fuegos artificiales de la Plaza del Generalísimo con el apoteosis final dedicado a la Virgen del Tura y la fiesta de sociedad que se prolonga en los arcanos de la noche, centellean por el cielo olotense.

Otra jornada es el «Coso Iris», competición de carrozas y batalla de «confeti» que vuelve a reunir la ciudad en masa en pleno Paseo de Blay, anticipada con el homenaje a la sardana a través de este abrazo sonoro que es la actuación conjunta de varias orquestas. Y no quiere terminar el ciclo festivo sin la digna dedicación a las virtudes de la laboriosidad y la inteligencia, con el reparto de los Premios «Mulleras» en el Ayuntamiento, y la típica Tornaboda general en las Fuentes de San Roque, epílogo bucólico por excelencia.

Sin quebrar las estructuras tradicionales harto consolidadas, pide no obstante esta Fiesta de Olot, mayor superación y un remozamiento a la altura de los tiempos que vivimos. Bien, su gran contenido artístico sutilmente descrito en el sinfín de exposiciones que en ella se ubican; bien el jalon original del «Ball Plá» y los principales soportes de la Fiesta, pero contamos demasiado con la reiteración masiva de cierta rutina y necesitamos aportar iniciativas nuevas y valiosos elementos de emulación si no queremos quedar anclados en la más pura inercia.

La Fiesta de Olot puede ser también motivo de una auténtica y copiosa atracción turística. Empezando por un cabal concurso de carteles anunciadores y divulgadores de la misma, el Pregón solemne de que carece, junto con un rosario de nuevos faustos (literarios, feriales, artísticos, sociales, científicos, etc.), queda mucho por alcanzar. Y pensamos y queremos pensar que las nuevas generaciones han de corroborar estas ansias y plasmarlas en realidades tangibles. Porque en todo cuanto se refiere a su divulgación y proyección le queda un valladar de posibilidades a la Fiesta Mayor olotense, lo mismo que en el inconmensurable relleno de nuevas ideas, iniciativas, aportaciones de toda clase, así como en espíritu y vitalidad renovados, cuya necesidad tanto acusa a estas alturas. Lo necesitamos, lo deseamos y sabemos que en esta noble lid podemos luchar con entera satisfacción y fe.